distintos manifiestos en la mente de los lectores si no es en las aulas de secundarias y preparatorias para que los profesores les enjareten a los alumnos posturas estériles de buenas intenciones o decálogos de lo que sería una literatura idónea antes de llevarlos a las fuentes de la creación que habrían que responder a dichas tesis.

En esta ocasión la revista *Péndola* presenta a siete narradores de la generación de los sesenta que hasta este momento no ha mostrado, al menos por escrito o en su estilo, afinidades o noviazgos con estos grupos. Escriben desde la convicción de que un lector va creciendo y madurando conforme avanza y madura la literatura que leen, del mismo modo que el propio escritor va forjándose en la medida que el lector sea el termómetro con que han de tomándoles el pulso; esto es, así como existen generaciones de escritores de los cuales tenemos registros, existe otro padrón subterráneo, casi sanguíneo, de lectores, que no necesariamente son los propios autores, que se asoman en las pláticas de cantina o en las dilatadas y menos eufóricas discusiones de café para dar cuenta de sus experiencias a partir de las experiencias de los otros: los amantes del vuelo del vampiro, de la cofradía de Michel Tournier.

Eduardo Villegas, Gabriel Santander, Andrés Acosta, Margarito Cuéllar, Juan Norberto Lerma, Alma Columba y Mónica Braun son una muestra solamente de escritores que no tienen un signo de distinción, salvo el de la época, al menos en lo que a corrientes literarias se refiere, y que representan un panorama variado de técnicas, tonos y planos narrativos distintos —si el lector encuentra puntos de coincidencias son, a final de cuentas, rasgos o conjuntos de rasgos que las obras literarias tienen en común y que constituyen las condiciones necesarias y suficientes para ser una obra de literatura—. De modo que si los trabajos aquí reunidos son, en parte, una función de las propiedades del discurso, no es porque reflejan la complicidad de un mismo discurso como una forma de establecer mecanismos para crear lectores configurados al gusto del escritor. Partir de decálogos elaborados por los propios autores cuando no hay una obra que los respalda, es partir de la literatura misma; es decir: hacer de la literatura un traslado en tiempo y espacio distintos de esa misma literatura, no más.

Debo hacer una aclaración para evitar futuras reclamos, dentro de los seleccionados en esta breve muestra se encuentra un escritor que en el rigor del tiempo no pertenece a la generación de los sesenta si hemos de ceñirnos a la década como una medida generacional. Está incluido por razones estéticas y porque creo que con Margarito Cuéllar el mapa narrativo ofrece un panorama más amplio en cuanto a estilos y formas distintas de abordar la escritura. Estoy seguro que su inclusión vale por ello, y por la calidad indiscutible de su trabajo, desde luego.

Finalmente, concluyo diciendo que no hablaré aquí de las características, en particular, de la obra de los autores, en primer lugar por el espacio limitado para abordar con seriedad dicha obra, y en segundo para encargar al lector dicha tarea, yo en otros momentos ya lo he hecho. Vale agregar, además, que todos los textos son inéditos.

leonelroblesrobles@yahoo.com.mx